

Bernardo Kordon

*Escribir es un ejercicio dudoso
porque es un ejercicio solitario*

En su sobrio, austero departamento de Callao y Santa Fe, en pleno centro de Buenos Aires, Bernardo Kordon está instalado ante su escritorio lleno de libros y papeles, con la biblioteca detrás. Aunque nos conocemos desde hace algunos años, y aceptó encantado la entrevista, lo veo tímido, como retraído. Aunque procura mostrarse afable, lo ganan la timidez, cierto nerviosismo y su estilo escueto. Sé que es una persona que habla muy poco, y aunque pensé que su veteranía iba a proveerlo de un decidido aplomo, en realidad me encuentro con un hombrecito frágil, que entrelaza sus manos nerviosamente durante toda la charla y hasta parece incomodarse ante algunas preguntas.

Por momentos parece que se distrae, cuesta retenerlo a la conversación. De voz suave, ajeno al estrépito de bocinazos y aceleraciones de esa esquina, Kordon juega con sus manos sobre la mesa, amasa alguna miga, con los dedos dibuja figuras imaginarias sobre el mantel de hilo (cosa que noto que es bastante común en los escritores que son entrevistados por otro escritor). Marina, su esposa, interviene muy de vez en cuando en la conversación, como una atenta apuntadora de inconfundible, encantador acento chileno. A las cinco de la tarde de un día

de enero de 1990 tomamos británicamente el té, acompañado de un par de pasteles maravillosos que ella ha preparado. Y luego la tarde va cayendo sobre la conversación, que termina ya de noche.

Nacido en Buenos Aires en 1915, Kordon es autor de una vasta obra que comprende casi todos los géneros, a partir de *Un horizonte de cemento*. Pero su popularidad la debe al género cuento, sin dudas, y especialmente a su texto más conocido y gustado internacionalmente: *Toribio Torres, alias Gardelito*, un verdadero clásico de la literatura argentina contemporánea.

Verdadero maestro del relato, es posiblemente uno de los más acabados cultores del realismo: sus personajes siempre están en esos oscuros límites demarcados por la alienación, la violencia y la esperanza, sometidos a la contundencia marginadora de la sociedad de consumo.

Ha publicado varios volúmenes de cuentos: *Reina del Plata*, *De ahora en adelante*, *Domingo en el río*, *Un día menos*, *Los navegantes*, *Vagabundo en Tombuctú*, *A punto de reventar* y *Hacele bien a la gente*.

GIARDINELLI: ¿A usted le gustan sus cuentos, Bernardo?

KORDON: Sí, hay algunos que yo quiero mucho. *La última huelga de los basureros* ha sido muy publicado y yo creo que es bueno. *Maruja la rumbera* se conoce poco, pero me gusta. Y *El remolino*, que le gustó mucho a Sergio Renán y me lo pidió para hacerlo en televisión.

—Raro que no mencione Alias Gardelito, que es su texto más clásico. ¿No lo hace porque, más que un cuento, es casi una nouvelle?

—Claro. Es un cuento muy largo, que se escapa un poco de la convención del género, ¿no? En una revista como la tuya no se podría publicar...

—¿Y qué le gustaría que publicáramos?

—Podría ser otro cuento que me gusta: *Los ojos de Celina*. De ese cuento Mario David hizo la película *El grito de Celina*. Una vez me llamaron de Cañada de Gómez, en Santa Fe, para invitarme a ir porque un grupo de muchachos había hecho una obra de teatro con ese cuento. Fue un acontecimiento un poco embromado, porque me invitaron después de nueve meses de ensayar la obra. ¿Cómo iba a negarme? Podrías publicar cualquiera, pero me gustan más *El remolino* o *La última huelga de los basureros*, que es un cuento que imaginé mucho, mucho...

—Habiendo trabajado todos los géneros, ¿por qué se dedicó más al cuento? ¿Qué es para usted?

—Yo escribí mucho, y ya no tengo ni idea de la cantidad de cuentos que escribí en mi vida. A veces tengo la sensación de que me pasé toda la vida contando cuentos. Pero lo que no sé es por qué... Quizá lo hice porque para mí es el género nacional por excelencia. Más que el teatro y que cualquier otro género literario. Somos muy cuenteros, los argentinos.

—¿Y de dónde nos vendrá eso, eh?

—Me parece que de Esteban Echeverría. Él escribió el primer cuento argentino, que sigue siendo el que yo más admiro: *El matadero*. Es increíble ese cuento: ahí Echeverría fue tan genial que *avant la lettre* es un guión cinematográfico. Leyendo sobre la vida de Echeverría me enteré que él había estudiado dibujo, ¿sabías? Y evidentemente tenía una imaginación muy visual. Y es por eso que en ese cuento, que es de 1837 o 38, aparecen escenas que hoy se diría que son típicamente del cine.

—Cuando usted empezó a escribir cuentos, en los años treinta, ¿ya conocía a Echeverría, o esa admiración vino después?

—Yo empecé de muy jovencito. Escribía también algunos poemas. Como hacemos todos... Y ya entonces

yo leía con deleite a Echeverría y otros clásicos. Pero además en esos años la Editorial Claridad se largó a editar muchos libros de cuentos, al precio de monedas. Y el cuento como género se hizo muy popular. También publicaron casi todos los libros de Roberto Arlt, que a mí siempre me apasionó mucho.

—¿Lo conoció?

—Sólo lo vi una vez, antes de mi primer viaje a Chile. Estábamos con un escritor amigo, Raúl Larra, en el Café Politeama, y de pronto apareció Arlt con un grupo de gente: Conrado Nalé Roxlo y no recuerdo quiénes más, todos escritores. Se sentaron en una mesa que daba a la calle. Yo le dije a Larra: «Mira, te juro que me pararía a saludarlo y decirle que es el más grande de todos». Y entonces Larra, que lo conocía bien, me dijo: «Bueno, andá y saludalo pero no le digás que vos también escribís, sólo decile que lo admirás...». Pero no me atreví, y cuando volví de Chile ya él había muerto. Da vértigo pensar lo que hubiera podido escribir ese hombre, que era tan joven, ¿no...? Imaginate que tenía la edad de Borges...

—Durante los años de su formación, ¿qué tipo de cuento le interesaba más leer? ¿El ruso, el francés, el norteamericano, los cuentos argentinos...?

—No, el cuento ruso. Yo me formé en el cuento ruso. Me los leí todos. Me los sabía de memoria y fueron mi escuela. El cuento ruso del siglo XIX y comienzos del XX no tiene igual. De ellos, Máximo Gorki es mi autor predilecto. Y Chéjov, claro.

—¿Usted perteneció, en su juventud, a algún grupo literario?

—Había un grupo, sí, que nos llamábamos Asociación de Jóvenes Escritores. Había mucha gente del Partido Comunista, ahí, y estábamos obviamente cercanos a los escritores de Boedo... También había muchos au-

tores que venían del lado anarquista. Eran los más activos porque entonces se mezclaba mucho la política con la literatura.

—¿Cuándo terminó su primer libro de cuentos, Bernardo, cómo empezaba a publicar un joven escritor?

—Bueno, antes del 40, y bastante antes, el camino era el de siempre... Los jóvenes escritores empezábamos en revistas. Había una que era muy famosa, en la que yo empecé a escribir mucho: *Leoplán*, se llamaba. Esa revista publicaba muchos cuentos del Brasil, tanto que cuando fui a Chile allá creían que yo era un escritor brasileño. Y a mí eso me honraba. Porque fijate que cuando mis padres vinieron a la Argentina a mí me concibieron frente a las costas de Brasil. Mi padre trajo una imprenta con la que se instaló en la avenida Callao. En aquel entonces, los inmigrantes podían traer sus máquinas. Bueno, y mi papá vino con su mujer y sus hijas, y yo fui concebido en el barco frente a Brasil. De ahí que yo tenga la teoría de que soy un poco brasileño, y constantemente he viajado por ese país.

—¿De dónde venían, de Rusia?

—Sí, eran rusos. Pero una sobrina me contó que tenemos muchos parientes en España, en Zaragoza, donde hay varios Cordón, con C. Lo que pasa es que en la grafía rusa no existe la C y eso obliga a usar la K.

—Cuando se piensa en su obra, siempre se hace una asociación inmediata con el cine. ¿Dé dónde le vino eso? ¿Fue muy cinefilo usted?

—Sí, yo las cosas siempre las veía como en movimiento, y en escenas. A mí el cine me encanta, y desde chico iba mucho, casi todos los días. En mi juventud había un cine famoso, el Londres Palace creo que se llamaba, en la calle Coronel Díaz cerca de Las Heras... Yo iba mucho, con mis amigos, y después siempre que

se me ocurría escribir algo, lo veía como en una película. Y también iba mucho a los cines del centro, porque yo nací y viví siempre por aquí; mi papá tenía su imprenta aquí a la vuelta, sobre Callao. Así que para mí cine y literatura siempre estuvieron bastante juntos... Por otra parte, hace muchos años yo también dirigí una revista, *Capricornio*, donde publicaba algunos cuentos... Y una vez Leopoldo Torre Nilson me hizo llegar algunos que él escribía. Era muy buen cuentista. Y cuando me dijo que quería ser escritor, yo le dije que yo quería ser director de cine.

—¿De veras le hubiera gustado? ¿Qué hubiese querido filmar? ¿Algún cuento suyo?

—Sí, sin duda *Alias Gardelito*. Me hubiera gustado mucho filmarlo yo.

—Pero usted debe haber quedado conforme con la versión que se filmó...

—No, no me satisfizo del todo... Es muy raro encontrar un escritor contento con la filmación de su obra. Muy raro... Y es que hay una cosa: el escritor maneja sus personajes en abstracto, los imagina; en cambio el que dirige una película no los imagina, los ve. Son concretos.

—Tengo entendido que Los ojos de Celina usted lo escribió después de leer una noticia en los diarios. ¿Siempre se basó, para sus cuentos, en episodios de la llamada «vida real»?

—Casi siempre. *Los ojos de Celina*, en efecto, fue un hecho que salió en *La Razón* y que me impresionó muchísimo: una mujer había sido condenada por haber envenenado a su nuera. Lo que hice fue probar la narración en primera persona: el que habla es el joven que dejó matar a la mujer, por esa gran adoración, incontrolable, que tiene hacia la madre... En el prólogo de un libro mío, *Adiós pampa mía*, empiezo con una cita de Neruda que dice: «Hablo de las cosas verdaderas; Dios me libre de

inventar cosas». Pero también en algún momento cito a Boris Vian cuando dijo: «Estoy seguro de lo que digo, porque lo he inventado desde el principio hasta el fin». De todos modos, como dijo vez pasada Juan Goytisolo, lo que transmite algo, en la ficción, es el gusto. Quizá por eso es más importante releer que leer... Porque es cuando uno realmente le encuentra el gusto a lo narrado. Yo estoy completamente de acuerdo con eso.

—¿Y qué es el gusto para usted? ¿Se refiere al sabor popular de sus propios cuentos, por ejemplo?

—Claro. A mí hay una cosa que me sorprende mucho, y son los cuentos míos llevados a otros idiomas. Tengo acá mis cuentos traducidos al chino, ¿no? Y cuando yo veo un cuento de ambiente porteño escrito en caracteres incomprensibles, me causa impresión pero a la vez aprendo a cotizarlo más, porque quiere decir que ese cuento es algo universal. Ahora en Israel están traduciendo una antología de mis cuentos en hebreo y yo vuelvo a impresionarme...

—¿Se siente reconocido?

—Nunca se puede saber, eso. De por sí, escribir es un ejercicio dudoso porque es un ejercicio solitario. Así que la repercusión que uno tiene en el otro, en otros países y en otras culturas, lo único que puede producir en uno es una fuerte impresión.

—¿Ha podido vivir de la literatura?

—No, ni nunca traté de hacerlo...

—Y la literatura, ¿qué fue entonces para usted?

—Una pasión, una pasión... medio secundaria. No fue mi medio de vida, pero tampoco fue una dedicación de tiempo completo. Nunca aspiré a dedicar mi vida a la literatura. Tuve largos periodos de inactividad, en los que no había creación... Pero después reaparecía la pasión...

—¿Y no lo angustiaban esos periodos en los que no escribía?

↓

—Ah, sí, sentía mucha intranquilidad... Y es que uno escribe porque de otra forma no se puede expresar.

—*Al principio de la charla, le pregunté si le gustaban sus cuentos. Ahora, si tuviera que elegir uno, ¿cuál sería?*

—Es muy difícil responder eso...

—*Supongamos que viene alguien y tenemos que decirle que lea un cuento de Kordon, ¿cuál le decimos?*

—Bueno, dependerá de cómo sea el tipo... Si fuera un chico de Buenos Aires le recomendaría *Alias Gardelito*. Y si fuera de Salta, por ejemplo, le diría que lea *Fuimos a la ciudad*.

—*¿Y si tuviera que recomendarle un cuento de un escritor argentino contemporáneo?*

—Ah... le diría que lea a Roberto Arlt. Y que empiece por *El juguete rabioso*, que no sé si sabés que fue un título puesto por Ricardo Güiraldes... Se iba a llamar *La vida puerca*, pero Güiraldes le sugirió el cambio... Y aunque no sea argentino, yo le recomendaría leer también todo Juan Rulfo.

—*No se puede ni siquiera ser lector, ni mucho menos pretender escribir, si no se conoce bien la obra de Rulfo, ¿no? ¿Es el más grande, para usted?*

—Sin duda.

—*Y con otros contemporáneos como Borges, Cortázar, Mujica Láinez, ¿qué relación tuvo?*

—No, no... Muy poca. Tuve bastante distancia con ellos y no me interesaron demasiado.

—*¿Alguien le enseñó literatura, a usted le enseñaron a escribir cuentos?*

—No. Enseñar no. Pero cuando escribí mi primer libro, lo llevé a varios escritores y me criticaron y ayudaron mucho. Uno fue Álvaro Yunque, que era *El Maestro*. Y otro que también consideré como maestro porque me gustaban mucho sus cuentos, fue Elías Castelnuovo.

Incluso yo estuve entre los jóvenes que en una oportunidad lo propusimos para que le dieran el Premio Nobel.

—¿Y qué le criticaron, qué le enseñaron?

—Castelnuovo un día me llamó por teléfono y nos encontramos para hablar de mis cuentos. Me dijo que tenía una crítica para hacerme: un escritor tiene que ser como un arquitecto y un ingeniero a la vez, dijo; su obra tiene que cumplir una función estética y sensible muy especial. Y no encontraba eso en mis cuentos.

—¿Y usted qué le dijo?

—No le dije nada, sólo escuchaba.

—¿Y qué le diría usted a un escritor que ahora se le acercara?

—Que la realidad es una cosa muy importante. Primero hay que conocer lo que se va a escribir. Conocer por vida o por lectura, pero conocer. Y después esa realidad tiene que evolucionar por la imaginación. No hay recetas para escribir, como vos bien sabés.

—*Pero algunos creen que las hay...*

—Sí, en muchos talleres literarios, ¿no? Me acuerdo de que una vez, hace años, vino a verme Jorge Asís, de parte de un Doctor Carcavallo. Porque había un instituto que dirigía Carcavallo en el que se daba espacio a escritores para que pudieran escribir, se les enseñaba a escribir. Y bueno, vino El Turco con su libro de poemas, que se llamaba *Señorita Vida*. Como eran poemas, yo le dije que probara de escribir en prosa porque siempre es bueno que el poeta escriba en prosa. Un poeta de verdad va a decir mucho mejor lo que quiere decir en prosa que con los versos. Está menos atado...

—¿Y qué pasó con Asís?

—Bueno, yo leí sus poemas y después nos pusimos a charlar y yo le pregunté qué hacés vos, decime qué hacés, a qué te dedicás. Y él me contó que trabajaba de co-

rredor de fotografías recorriendo Wilde, Villa Domi-
nico, Quilines, y que andaba en micros todo el día: le da-
ban fotos viejas y él las llevaba a un laboratorio donde las
ampliaban y mejoraban: a las fotitos de carné les ponían
cuellos, corbatas, moños, les daban cierta categoría y las
enmarcaban... Te imaginas lo que yo le dije: andá a es-
cribir todo ese mundo y dejate de poesía... Y así él me
dedicó su primer cuento. Lo cual además fue muy valio-
so porque en esa época él era comunista y yo ya estaba
peleado con el Partido, por unas cosas que escribí sobre
China y que nunca me perdonaron.

—¿Y ahora sigue escribiendo, Bernardo?

—Sí, estoy haciendo algo... Vienen a ser, más o me-
nos, mis memorias... Son como apuntes en forma de na-
rraciones continuas... Hablo de mi padre, que era so-
cialista, librepensador, tanto que mi hermano menor se
llamaba Jean Jaurés Kordon. (Se ríe.) De veras, ése es su
nombre... Mi abuelo llegó a Buenos Aires como cantor
de templo. Son cosas así...: recuerdos, fragmentos, epi-
sodios que voy recuperando... Es importante, cuando
uno se pone a escribir algo, que las primeras palabras van
marcando el sendero de la frase y de las metáforas y de
lo que viene después...

—¿Cómo trabaja, a mano o a máquina?

—A mano, a mano, yo manuscrito... A Blaise Cen-
drars, que es un poeta al que yo admiro muchísimo, le
faltaba un brazo, el derecho... Uno de sus mejores poe-
mas fue a su máquina de escribir. Lo que se escribe a má-
quina sale demasiado preciso, demasiado claro, dice ahí.
Así que, yo, mejor manuscrito.